Dagoberto Valdés Hernández
Kuba

Odnowisz oblicze ziemi: Dziedzictwo nie jest umierającą przeszłością

“Nadie pone un remiendo de tela nueva en un vestido viejo; porque el remiendo al encogerse tira del vestido y se produce una rotura peor. Y nadie echa vino nuevo en odres viejos, porque entonces los odres se revientan, el vino se derrama y los odres se pierden; sino que se echa vino nuevo en odres nuevos, y ambos se conservan.” (Mt 9, 16–17)

El fin de una época y el nacimiento de una nueva “con dolores de parto” (Rom 8, 22) han provocado lo que la Encíclica *Veritatis Splendor* llama “la triste perplejidad de un hombre que a menudo ya no sabe quien es, de dónde viene y a dónde va... así asistimos al pavoroso precipitarse de la persona humana en situaciones de autodestrucción progresiva”. (V. S. 84). Ante esta realidad que llamamos daño antropológico es necesario engendrar una nueva era a partir de lo que pudieramos llamar “*la información genética*” del alma de la persona humana, creada desde el principio “a imagen y semejanza de Dios, redimida por el misterio de la encarnación, la cruz y la resurrección de Cristo, cuya herencia ha sido el Espíritu Santo Paráclito “que sopla donde quiere” y cuyas luces van revelando la historia de la salvación encarnada en la propia historia de la humanidad.

En efecto, San Pablo nos recuerda la herencia que hemos recibido cuando dice: “*Cuidense de que nadie los engañe con teorías filosóficas o con cualquier otro discurso hueco que no son más que doctrinas humanas que no se inspiran*

en Cristo sino en las luces de este mundo... por tanto hagan morir lo que les queda de vida terrenal” (Col 2, 8. 3, 5). Ustedes tienen que dejar su manera anterior de vivir, el hombre viejo, cuyos deseos engañosos los llevan a su propia destrucción. Dejen que su mente se haga más espiritual, para que tengan nueva vida, y revistáanse del hombre nuevo. Este es el que Dios creó a su semejanza dándole la justicia y la santidad que proceden de la Verdad” (Ef 4, 22–24).

La herencia no es lo muerto del pasado decadente. Vengo de Cuba, un país de matriz cristiana con una herencia católica que nos transmitieron los padres fundadores de la Nación: el presbítero Félix Varela y el apóstol de nuestra independencia José Martí. La nación conquistó su libertad bajo el manto de su Madre y Patrona la Virgen María de la Caridad del Cobre, a quien san Juan Juan Pablo II coronó como Reina de Cuba, y a quienes los propios libertadores llamaron “emblema patrio”. Cuba creció y se desarrolló llegando a ocupar el tercer lugar en desarrollo entre todos los países latinoamericanos, hasta que hace 60 años un pequeño grupo de hombres quisieron fundar una nueva república sobre las bases de viejas doctrinas filosóficas que pertenecían a un pasado muerto: el marxismo-leninismo, que la gran Polonia también sufrió. Y como nadie puede poner otro cimiento que no sea Cristo, y Cristo muerto y resucitado, en lugar de nacer el hombre nuevo engendraron el hombre dañado antropológicamente, al hombre frágil, desarraigado, desanimado y despersonalizado. Por esta historia vivida en carne propia puedo darles testimonio de que los tiempos nuevos, no pueden ser fundados ni sostenidos sobre ese pasado decadente. Es como esperar nuevos frutos de un árbol cuya raíz está muerta.

Es por ello que el reto para diferenciar la herencia eterna de la herencia de un pasado corruptible no puede ser otro que el discernimiento ético y espiritual. El mismo san Pablo, en su Carta a los Romanos, nos dice:

“Les ruego pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que se entreguen ustedes mismos como sacrificio vivo y santo agradable a Dios: ese es nuestro culto espiritual. No os acomodéis a la mentalidad del mundo presente, más bien transórmense por la renovación de su mente. Así sabrán ver cual es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto” (Rom 12, 1–2).

Hermanos, este ha sido el secreto de la perseverancia del “resto fiel” de la Iglesia en Cuba y del resto de nuestro pueblo que no vive, ni piensa, ni actúa, según esas filosofías espurias que son totalmente ajenas a nuestra cultura concebida en matriz cristiana. Nuestra vida cotidiana va alcanzando su coherencia con la cultura cristiana cuando la iluminamos con estas dos corrientes de luz: Uno, el discernimiento ético y espiritual a la luz de la Palabra de Dios en

la que solo podemos encontrar el esplendor de la Verdad. Y dos, ofreciendo cada día, nuestro culto espiritual como fieles laicos comprometidos con Cristo, con su Iglesia y con Cuba. Doy testimonio de que todo lo que hemos sufrido y todo lo que hemos podido edificar es por la fe en Cristo, Jesús, “piedra viva que desecharon los arquitectos” del viejo régimen y fue, es y será la piedra angular de la cultura cubana. Por mi parte, como hombre de Cristo, hombre de Iglesia, hombre cubano, todo lo ofrezco para completar en mí la cruz de nuestro Señor y Salvador, porque solo en la Cruz hay esperanza.

Ahora bien, como dice la inolvidable Encíclica *Veritatis Splendor* de san Juan Pablo II, el más grande de todos los polacos, para “no desvirtuar la Cruz de Cristo” (I Cor. 1, 17), para hacer un recto discernimiento entre la herencia de vida y la cultura de la muerte: “la cuestión fundamental... es la relación entre la libertad del hombre y la Ley de Dios, es decir, la cuestión de la relación entre libertad y verdad”. En efecto, “la cultura contemporánea ha perdido en gran parte ese vínculo esencial entre Verdad-Bien-Libertad... La obra de discernimiento de estas teorías éticas por parte de la Iglesia no se reduce a su renuncia o su rechazo, sino que trata de guiar a todos los fieles en la formación de una conciencia moral que juzgue y lleve a decisiones según la verdad” (V. S. 84–85). En Cuba, ahora mismo, como en el resto del mundo, el nacimiento de una auténtica nueva era se decide entre vivir en la verdad o morir junto con un pasado decadente.

Esto hemos tratado de hacer durante más de 25 años en dos obras que tuve el honor de fundar y presidir: El Centro de Formación Cívica y Religiosa de la Diócesis de Pinar del Río y su revista Vitral, “la libertad de la luz” (1993–2007); y el Centro de Estudios Convivencia y su revista del mismo nombre (2007–2018). Sus objetivos han sido: Reconstruir la primacía y dignidad de la persona humana y reconstruir el tejido de la sociedad civil, dejando atrás el pasado muerto de los materialismos asfixiantes y rescatando la herencia eterna de la cultura cristiana, es decir, de los valores y virtudes que emanan del “esplendor de la Verdad”, que es Cristo, para todo hombre y cultura.

1. Lo muerto del pasado en el mundo, en Cuba

El Papa Francisco en su discurso a los líderes religiosos de Albania, 21 sept. 2014) dice: “*Cuando, en nombre de una ideología, se quiere expulsar a Dios de la sociedad, se acaba por adorar ídolos, y enseguida el hombre se pierde, su dignidad es pisoteada, sus derechos violados. Ustedes saben bien a qué atrocidades puede*

conducir la privación de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa, y cómo esa herida deja a la humanidad radicalmente empobrecida, privada de esperanza y de ideales". Esta es y debe ser una de las lecciones de la historia del pasado siglo XX: "No se puede construir una casa sobre la arena" (Lc 6,49) de un pasado corrompido y muerto, porque el edificio que parecía la "novedad" y "la liberación de toda alienación" y "la eliminación de la explotación del hombre por el hombre".

De esa construcción sobre arena resultó un engendro de lo viejo y caduco que ahora vuelve a hastiar a las nuevas generaciones, que en lugar de liberación trajo nuevos cerrojos para el alma humana, con nuevos vicios y corrupciones. En lugar de eliminar la explotación del hombre por el hombre, trajo la explotación del hombre por el Estado, y el deterioro de la Naturaleza por las tecnologías depredadoras. Hay que aprender de la historia. Es por ello que es bueno enumerar solo algunas de las herencias de muerte de ese pasado reciente no para la queja inútil sino para que aprendamos a discernir y optar por lo bueno. Algunas de esas huellas del pasado muerto en Cuba, en Polonia y en el resto del mundo son: La muerte de las utopías inmanentes, la vaciedad de los materialismos asfixiantes, el "ateísmo como fenómeno de cansancio y de vejez" (Mensaje del Concilio Vaticano II a los jóvenes, *Nuntius ad iuvenes*, 4), el daño antropológico de los totalitarismos, la angustia existencial, la frustración y la despersonalización, la cultura de la muerte que no respeta la vida humana desde su concepción hasta su final natural, los terrorismos de sectas y Estados, la violación sistemática de los derechos humanos universalmente reconocidos, la banalización de la cultura y de las culturas, los nacionalismos que manipulan y aíslan, los populismos y autoritarismos engañosos que volvieron a intentar disfrazar el pasado muerto con máscaras de modernidad, la xenofobia y las crisis migratorias, el daño ecológico, los consumismos alienantes, las tecnocracias sin espíritu, la inversión de la escala de valores, en la que se ha colocado el progreso por encima del desarrollo integral y a las ideologías y sistemas políticos o económicos por encima de la persona humana.

En resumen y volviendo al lenguaje bíblico: el pasado muerto, es decir, las filosofías decadentes, los sistemas económicos deshumanizantes, la corrupción de los políticos y la desintegración moral de la sociedad, solo producen la "nueva" y frustrante Torre de Babel contemporánea. Aquella que nuevamente intentó "tomar el cielo por asalto" y que solo logró hundir a la humanidad del siglo XX en el caos, la guerra, los campos de concentración, los sistemas totalitarios como el fascismo y el comunismo. La herencia del pasado muerto termina por matar la vida del hombre y el alma de las naciones.

2. El pasado decadente puede volver en el mundo, en Polonia y en Cuba, ¿cómo evitarlo?

Sí, señoras y señores, “no podemos callar lo que hemos visto y oído” (Hch 4, 20). Ese pasado muerto puede regresar. Puede regresar a Europa, puede regresar a Polonia. Lo estamos viendo ya. Es necesario otear el horizonte, despertar a los que duermen, alertar a los ciudadanos, a los intelectuales, a la *intelligentzia* de nuestros pueblos, a los políticos, economistas, sociólogos católicos y amantes de sus Patrias y de un futuro mejor para sus naciones: ¡El pasado puede regresar!

Lo dije a los jóvenes polacos el año pasado frente a la luminosa ventana del palacio arzobispal de Cracovia, desde donde san Juan Pablo II, anunció y denunció tantas cosas que ahora podemos comprobar que se han cumplido según su voz profética. Desde aquella pequeña plaza les dije a los jóvenes polacos lo que también repito hoy, con mucho respeto, a todos ustedes, distinguidas personalidades civiles y religiosas: el pasado puede regresar.

Lo digo, con infinito amor por el pueblo polaco y lo digo con la misma pasión y amor por mi sufrido pueblo cubano, ahora que, nos vemos empeñados en una reforma constitucional, Cuba parece balancearse peligrosamente entre la continuidad y la novedad, entre el atrincheramiento y la oportunidad, entre mantener las viejas filosofías del pasado y sistemas decadentes y empobrecedores o abrirse como Juan Pablo el Magno nos invitó en su inolvidable visita a Cuba el 21 de enero de 1998: *“mis mejores votos para que esta tierra pueda ofrecer a todos una atmósfera de libertad, de confianza recíproca, de justicia social y de paz duradera. Que Cuba se abra con todas sus magníficas posibilidades al mundo y que el mundo se abra a Cuba, para que este pueblo, que como todo hombre y nación busca la verdad, que trabaja por salir adelante, que anhela la concordia y la paz, pueda mirar el futuro con esperanza.”*

Cómo evitar volver al pasado muerto? Aprendiendo las lecciones de la historia. Volviendo a las raíces imperecederas de nuestra cultura cristiana que ha fecundado durante siglos a la civilización occidental, redescubriendo los genes espirituales de “el Principio” grabados por el Creador en nuestras almas a su “imagen y semejanza”; dejando que Cristo nos redima a cada uno personalmente y redima el alma de la Nación, “volviendo a nacer” como nuevas creaturas en el maternal útero de María de la Caridad y del Monte Claro, que por la Gracia de la Encarnación de su Hijo, muerto y resucitado, podemos llamar a Dios *Abba*,

Padre, porque en realidad somos hijos, y si somos hijos somos herederos de la herencia eterna derramada en nuestros corazones en Pentecostés. En una palabra, podemos evitar que el pasado muerto regrese si nos esforzamos en rescatar la herencia del Espíritu Paráclito, señor y dador de Vida.

3. La herencia viva del pasado en el mundo, en Polonia y en Cuba

Por esa condición de hijos y herederos de los “cielos nuevos y la tierra nueva”, no podemos ser profetas de la desolación sino profetas de la consolación, heraldos de la esperanza que no defrauda, infatigables sembradores de la “Verdad que nos hará libres” (Jn 8, 32), cultivadores de lo que San Justino llamó ya desde el siglo II: “la semilla del Verbo (*spérma taú lógou*), que se halla ingénita en todo el género humano” (I Apol. V, 3 y II Apol. XIII), que están latentes en toda persona y cultura, en toda nación y religión, para evitar que las malas hierbas de las falsas doctrinas, las piedras del camino de la humanidad sufriente, y la falta del “agua que salta hasta la vida eterna”, nuestros pueblos no reconozcan, no cultiven y no multipliquen esas “semillas” de vida y de plenitud que espera el día de su manifestación gloriosa.

Forman parte de esa herencia viva: el humanismo cristiano, la cultura de la vida, la doctrina social de la Iglesia y las obras sociales que dan testimonio de la luz. Los pensadores cristianos, los laicos comprometidos, tenemos el sagrado e irrenunciable deber de pensar nuestro presente, de prever nuestro futuro, de proponer caminos y soluciones para que nuestras naciones se renueven transmitiendo la herencia viva y vivificadora del Reino de Dios que edificamos y que, como dice Jesús en el Evangelio, “se parece a un Padre de familia que saca del arca lo viejo y lo nuevo” (Mt 13, 52). La Iglesia, y en ella los intelectuales católicos, los profesionales de todas las disciplinas, deben fundar lo que hoy se llaman “think tanks” o laboratorios de pensamiento para ayudar a inculturar los valores eternos y universales de la herencia cultural cristiana en la edificación del futuro de sus países, trasvasando los valores de la Verdad, la Justicia, la Libertad y el Amor, al lenguaje y las obras contemporáneos, para no volver a caer en los cantos de sirena y falsas imágenes de “lo viejo muerto” que intenta “como león rugiente” devorar lo mejor de nuestra humanidad y de nuestras culturas.

Esto hacemos hace más de una década en el Centro de Estudios Convivencia (www.centroconvivencia.org) y ya hemos publicado 6 informes académicos,

confeccionados con pensadores cubanos de la Isla y de la Diáspora, sobre temas de trascendencia para el futuro de Cuba como son: Marco jurídico y tránsito constitucional, economía, educación, cultura, medios de comunicación y nuevas tecnologías y agricultura. Proponer nuestras visiones y soluciones de futuro contribuirá a no regresar al pasado muerto. Así podremos dar nuestro aporte a la construcción de lo que los pontífices han llamado “la civilización del Amor” y que ya en la antigüedad San Agustín llamó “la amistad cívica” y a la que Hannah Arendt le atribuye la creación del espacio público cuando expresa: *“La noción de philia politike, amistad cívica o respeto, constituye la condición de posibilidad de nuestros juicios políticos. Y son estos, junto con nuestras acciones y discurso los que nos permiten constituir el espacio público.”* (Arendt, H. La condición humana). Este espacio público, “lugar teológico” para construir la civilización del amor se debe edificar sobre los cuatro pilares de la convivencia fraterna y pacífica: la inclusión, el pluralismo, el consenso, la democracia, elevados todos sobre el cimiento de la primacía y dignidad de la persona humana.

4. Las actuales síntesis culturales: ¿nueva Babel o nuevo Pentecostés?

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo están desconcertados y frustrados por los fracasos del pasado decadente, pero también esperan ese parto que surge de las nuevas síntesis culturales a las que les podemos identificar como san Pablo a los Romanos: *“La creación entera que hasta ahora gime y siente dolores de parto... está esperando la manifestación de los Hijos de Dios”* (Rom 8, 19 y 22). En la *Redentor Hominis*, el santo Papa polaco dice con gran elocuencia: *“En el misterio de la redención el hombre es creado de nuevo”*, lo viejo ha pasado, *“Dios ha dado a su Hijo a fin de que el hombre no muera con ese pasado sino que tenga vida eterna”*. Todos sentimos el estupor del Misterio de la Encarnación. Y sigue el Papa: *“Ese profundo estupor respecto de valor y la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama también cristianismo. Ese estupor también determina un particular derecho de ciudadanía en la historia del hombre y de la humanidad”* (R. H. 10).

En virtud de esa ciudadanía los discípulos de Cristo tenemos el derecho y el deber de participar comprometidamente en la síntesis de las nuevas culturas y de los tiempos nuevos, aportando la apertura a lo absoluto y la trascendencia de la vida nueva en la que el hombre participa de la misión real de Cristo, de esa misión de servicio y construcción de su Reino donde la escala de valores

invertida que sembró en el pasado la cultura de la muerte, regrese a su orden primigenio, la humanidad vaya pasando progresivamente de la Babel del caos y la decadencia al Pentecostés de un nuevo “cosmos” ordenado según la vida en el Espíritu. En la Encíclica *Redemptor hominis* nos dice claramente: “*El sentido esencial de este “dominio” del hombre sobre el mundo visible consiste en la prioridad de la ética sobre la técnica, en el primado de la persona sobre las cosas, en la superioridad del espíritu sobre la materia.*” (R. H. 16).

Los cristianos, con toda humildad y respeto por la libertad religiosa, podemos y debemos anunciar que la herencia no es el pasado muerto y corruptible sino ese “cielo nuevo y tierra nueva” (Ap 21, 1) cuya semilla está sembrada en el corazón de cada persona en lo que llamamos “la ley natural”, que en la contemporaneidad ha tomado una expresión superior y consensuada por la conciencia universal en los reconocidos, y aún no suficientemente respetados, derechos humanos. Los nuevos gemidos del Espíritu se manifiestan también en las nacientes ansias de espiritualidad, de nuevas experiencias místicas. Si la Iglesia no responde a esas ansias vendrán a saciarlas las expresiones espurias llamadas del *new age*.

La historia del pasado siglo XX y los experimentos del llamado “socialismo del siglo XXI”, con sus desastres, demuestran fehacientemente que “*Nadie puede poner otro cimiento que el que ya está puesto: Cristo.*” (I Cor 3, 11). El útero de los tiempos nuevos es y debe ser el esplendor de la verdad. La luz de Aquel que ha dicho “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*” (Jn 14, 5–6). En el pasado muerto el hombre y la humanidad han perdido el camino, han manipulado la verdad y han atentado de mil formas contra la vida.

San Juan Pablo II quiso y logró introducir a la Iglesia y a la Humanidad entera en el Tercer Milenio del Cristianismo con una nueva evangelización, nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nueva en su expresión. Avanzado ya el siglo XXI podemos comprobar que aún “el pasado muerto” intenta engañarnos con proyectos viejos surcidos de parches aparentemente nuevos. Es por eso que hoy más que nunca debemos acudir insistentemente al Espíritu Santo Paráclito, defensor de la persona humana, dador de vida, fuerza para poder identificar y resistir los mensajes engañosos de la mundanidad, de los nuevos materialismos, de los populismos disfrazados de falsos nacionalismos. Para que ese nuevo Pentecostés del siglo XXI pueda iluminar nuestras mentes, convertir nuestros corazones e impulsar nuestro compromiso en la edificación del Reino de Dios debemos alzar en los nuevos areópagos esa milenaria secuencia que forma parte de la herencia incorruptible y eterna de nuestra cultura cristiana:

*Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.*

*Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro
esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas
de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta
en los duelos. Mira el vacío del hombre, si tú le faltas
por dentro;*

*mira el poder del pecado, cuando no envías tu
aliento. Riega la tierra en sequía, sana el corazón
enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en
el hielo, doma el espíritu indómito y guía al que
tuerce el sendero.*

Resuene hoy, más que nunca, aquella plegaria estremecedora y profética de san Juan Pablo II pronunciada en la Misa de la Plaza de la Victoria en Varsovia aquel inolvidable 2 de junio de 1979. Yo, también, rogando la poderosa intercesión del santo pontífice polaco, quisiera tener su fuerza y su fe para rezarla. No obstante, desde mi pobreza, me atrevo, una vez más, como durante toda mi vida, a repetirla con estupor y temblor por su vigencia y urgencia en este nuevo Pentecostés del siglo XXI. Por su apremiante necesidad en Cuba, en Polonia, en Europa, en el mundo entero, imploramos al Espíritu con el mismo fervor: “Grito, yo, hijo de la tierra polaca, y al mismo tiempo yo: Juan Pablo II Papa, grito desde lo más profundo de este milenio, grito en la vigilia de Pentecostés”: “Señor, envía tu Espíritu y renueva la faz de la tierra”. De esta tierra polaca, de la tierra cubana y del mundo entero. Amén. Muchas gracias.

*Nikt nie przyszywa łąty z surowego sukna do starego ubrania,
 gdyż łąta obrywa ubranie i gorsze robi się przedarcie.
 Nie wlewa się też młodego wina do starych bukłaków.
 W przeciwnym razie bukłaki pękają, wino wycieka,
 a bukłaki się psują.
 Raczej młode wino wlewa się do nowych bukłaków,
 a tak jedno i drugie się zachowuje (Mt 9, 16–17)*

Koniec dawnej i narodziny w „bólach rodzenia” (Rz 8, 22) nowej epoki spowodowały to, co encyklika *Veritatis Splendor* nazywa „smutną niepewnością człowieka, który często nie wie, kim jest, skąd pochodzi, dokąd zmierza. Dlatego nierzadko jesteśmy świadkami zastraszających przykładów postępującej autodestrukcji osoby ludzkiej”¹²⁵. Wobec tej rzeczywistości, którą nazywamy antropologiczną raną, jest niezbędne zapoczątkowanie nowej ery, rozpoczynając od czegoś, co możemy nazwać „informacją genetyczną” ludzkiej duszy, stworzonej na „obraz i podobieństwo Boże”, zbawionej poprzez tajemnicę wcielenia, krzyż i zmartwychwstanie Chrystusa, czego skutkiem był Duch Święty – Pocieszyciel, który „wieje tam, gdzie chce” i którego światło odsłania historię zbawienia człowieka.

Wobec tego św. Paweł przypomina nam o dziedzictwie, jakie otrzymaliśmy, mówiąc: „Baczenie, aby kto was nie zagarnął w niewolę przez tę filozofię będącą czczym oszustwem, opartą na ludzkiej tylko tradycji, na żywiołach świata, a nie na Chrystusie” (Kol 2, 8) oraz „Zadajcie więc śmierć temu, co jest przyziemne w członkach” (Kol 3, 5), a także „Co się tyczy poprzedniego sposobu życia – trzeba porzucić dawnego człowieka, który ulega zepsuciu na skutek zwodniczych żądz, odnawiać się duchem w waszym myśleniu i przyoblec człowieka nowego, stworzonego według Boga, w sprawiedliwości i prawdziwej świętości” (Ef 4, 22–24).

Dziedzictwo nie jest umierającą przeszłością. Przybywam z Kuby, kraju o korzeniach chrześcijańskich, osadzonych w katolicyzmie, który został nam przekazany przez „ojców założycieli” naszego narodu: księdza Félixa Varełę i „apostola” niepodległości José Martíego. Kubańczycy zdobyli wolność dzięki wstawiennictwu Dziewicy Maryi *de la Caridad del Cobre*, którą św. Jan Paweł II ukoronował na Królową Kuby i którą wyzwoliciele nazywali „symbolem ojczyzny.” Kuba wzrastała, zajmując w końcu trzecie miejsce

¹²⁵

Jan Paweł II, Encyklika *Veritatis Splendor*, Watykan 1993, nr 84.

pod względem rozwoju, wśród wszystkich krajów latynoamerykańskich, aż do lat 60., kiedy to grupa mężczyzn zapagnęła stworzyć republikę na bazie starych doktryn filozoficznych, należących już wówczas do martwej przeszłości. Mowa o ideologii marksizmu-leninizmu, przez którą wielki naród polski także cierpiał. W konsekwencji, jako że nie da się budować inaczej niż na zmartwychwstałym Chrystusie, w miejscu nowego człowieka, został zapoczątkowany człowiek antropologicznie zraniony, człowiek słaby, pozbawiony korzeni, duszy i osobowości. Przeżyłem tę historię na własnej skórze, dlatego mogę dać świadectwo, że nowe czasy nie mogą być zakorzenione w martwej ideologii. To tak, jakbyśmy oczekiwali nowych owoców po drzewie, którego korzenie są suche.

Dlatego też umiejętność rozróżnienia dziedzictwa wiecznego od tego, które jest martwe, musi być osadzona na etyce i duchowości. Sam św. Paweł w Liście do Rzymian mówi: „A zatem proszę was, bracia, przez miłosierdzie Boże, abyście dali ciała swoje na ofiarę żywą, świętą, Bogu przyjemną, jako wyraz waszej rozumnej służby Bożej. Nie bierzcie więc wzoru z tego świata, lecz przemieniajcie się przez odnawianie umysłu, abyście umieli rozpoznać, jaka jest wola Boża: co jest dobre, co Bogu przyjemne i co doskonałe” (Rz 12, 1–2).

Bracia, w powyższym fragmencie tkwił sekret wytrwałości kubańskiego Kościoła oraz narodu, który nie żyje, nie myśli ani nie działa według fałszywych ideologii, tak odległych od naszych korzeni chrześcijańskich. Nasze życie codzienne jest koherentne z kulturą chrześcijańską, kiedy padają na nie dwa źródła światła: płynąca ze Słowa Bożego prawda etyczna i duchowa oraz nasza wiara osadzona na Chrystusie, jego Kościele i Kubie. Wszystko bowiem, przez co musieliśmy przejść, oraz to, co udało się wybudować, stało się dzięki wierze w Jezusa Chrystusa, który jest „kamieniem odrzuconym przez budujących”. Odrzuconym przez budowniczych starego systemu. Jezus był, jest i będzie kamieniem węgielnym kultury kubańskiej. Ja sam jako człowiek należący do Chrystusa, do Kościoła i do Kuby, oferuję wszystko, aby nieść dalej krzyż naszego Pana i Zbawiciela, bowiem tylko w nim jest nasza nadzieja.

Zatem, jak pisze największy z Polaków, św. Jan Paweł II, w pamiętnej encyklice *Veritatis Splendor*, aby nie „zniweczyć Chrystusowego krzyża” (1 Kor 1, 17) i aby posiadać umiejętność odróżniania cywilizacji życia od cywilizacji śmierci: „Podstawowym zagadnieniem [...] jest kwestia relacji między wolnością człowieka a prawem Bożym, a ostatecznie relacji między wolnością a prawdą”. W efekcie „Prawda — Dobro — Wolność zanikła na znacznym obszarze współczesnej kultury [...]. Zadanie oceny tych teorii etycznych przez Kościół nie polega tylko na ujawnianiu i odrzucaniu ich błędów, ale ma też cel pozytywny: należy mianowicie z wielką miłością pomagać wiernym w formacji

sumienia, tak by wydając sądy i kształtując decyzje, kierowało się prawdą¹²⁶. Na Kubie, tak jak zresztą w innych częściach świata, narodziły się prawdziwie nowej ery rozstrzygnąć się pomiędzy życiem w prawdzie a umieraniem razem z przemijającą przeszłością.

Tym właśnie próbowaliśmy się zajmować przez ostatnich 25 lat w dwóch dziełach, które miałem możliwość utworzyć: *El Centro de Formación Cívica y Religiosa de la Diócesis de Pinar del Río* (Centrum Edukacji Cywilnej i Religijnej Diecezji Pinar de Río) i czasopiśmie „Vital”, „La libertad de la luz” (1993–2007), a także w *Centro de Estudios Convivencia* (Centrum Studiów Koegzystencji) i czasopiśmie o tej samej nazwie (2007–2018). Owocem tej pracy było zrekonstruowanie godności człowieka oraz społeczeństwa obywatelskiego, pozostawiając w tym martwą przeszłość duszącego materializmu i ratując jednocześnie wieczne dziedzictwo kultury chrześcijańskiej dla wszystkich ludzi, tzn. cnót i wartości pochodzących z Prawdy, czyli z Chrystusa.

1. Martwa przeszłość na świecie i na Kubie

Papież Franciszek w przemówieniu do przywódców religijnych w Albanii 21 września 2014 roku powiedział: „Kiedy w imię jakiejś ideologii pragnie się wykluczyć Boga ze społeczeństwa, dochodzi w końcu do czczenia bożków i szybko człowiek zatracą samego siebie, deptają jego godność, gwałcą jego prawa. Dobrze wiecie, do jakich okrucieństw może prowadzić pozbawienie wolności sumienia i wolności religijnej oraz jak z takiej rany rodzi się człowieczeństwo całkowicie zubożone, gdyż pozbawione nadziei i odniesień ideowych”. Jedną z lekcji, jakie powinniśmy wynieść z XX wieku, jest, i zawsze powinna być, następująca: „Nie można budować domu na piasku” (Łk 6, 49) ani na zbutwiałej i martwej przeszłości, bowiem budynek, który wówczas powstanie, tylko wyglądać będzie jak „nowość”, „wyzwolenie ze wszelkich różnic” i „wyeliminowanie wyzysku człowieka przez człowieka”.

Z tej konstrukcji na piachu wyniknął powrót do starych i przeterminowanych pomysłów, który zniewala kolejne generacje ludzi, który, zamiast wyzwolenia, przyniósł nowe bariery dla ludzkiej duszy razem z nowymi nałogami i rozkładem moralnym. Zamiast próby wyeliminowania wykorzystywania jednych przez innych, mamy do czynienia z wykorzystywaniem człowieka

¹²⁶

Jan Paweł II, *Veritatis Splendor...*, dz. cyt., nr 84–85.

przez państwo, a także z deterioracją natury przez nowe drapieżne technologie. Należy uczyć się na historii. Dlatego wyliczymy teraz niektóre efekty cywilizacji śmierci z niedalekiej przeszłości. Nie zrobimy tego jednak po to, by tylko bezsensownie narzekać, ale by nauczyć się rozróżniania zła od dobra. Weźmiemy pod uwagę następujące ślady martwej przeszłości z Kuby, Polski i innych części świata:

Śmierć utopii, pustka duszącego materializmu, „ateizm jako fenomen wynikający ze zmęczenia i starości” (*Nuntius ad iuvenes*, 4), antropologiczna rana zadana przez totalitaryzmy, ból istnienia, frustracje i depersonalizacje, cywilizacja śmierci nierespektująca życia ludzkiego od poczęcia do naturalnej śmierci, terroryzm i sekty, systematyczne gwałcenie powszechnie znanych praw człowieka, banalizowanie kultur, manipulujące i izolujące nacjonalizmy, kłamliwe populizmy i autorytaryzmy próbujące przefarbować martwą przeszłość na nowoczesność, ksenofobia i kryzys migracyjny, katastrofy ekologiczne, konsumpcjonizm, bezduszne technokracje, odwrócenie drabiny wartości, na której pierwszy stopień okupuje postęp ponad całościowym rozwojem oraz ideologie i systemy ekonomiczne ponad jednostką ludzką.

W skrócie i wracając do nazewnictwa biblijnego: skutkiem martwej przeszłości, czyli przemijających filozofii, nieludzkich systemów ekonomicznych, korupcji politycznej oraz dezintegracji moralnej społeczeństwa jest „nowa”, współczesna i zwodnicza wieża Babel. Ta wieża, której szczyty ponownie miały „sięgać nieba”, doprowadziła do upadku ludzkości w wieku XX: poprzez chaos, wojny, obozy śmierci, systemy totalitarne, jak faszyzm i komunizm. Dziedzictwo martwej przeszłości to mordy na człowieku i duszy narodów.

2. Przeszłość, która przeminęła, może powrócić w Polsce, na Kubie i na świecie. Jak temu zapobiec?

Tak, Szanowni Państwo, „nie możemy nie mówić tego, cośmy widzieli i słyszeli (Dz 4, 20). To bowiem, co przeminęło, może wrócić. Może wrócić do Europy, do Polski. Widzimy to już teraz. Konieczne jest ciągle obserwowanie, budzenie i alarmowanie tych, którzy śpią, inteligencję, ekonomistów, socjologów i tych, którzy kochają swoją Ojczyznę i chcą lepszej przyszłości dla swojego narodu. Przeszłość może powrócić!

Mówiłem o tym w ubiegłym roku młodemu Polakom, przed promienistym oknem pałacu Arcybiskupiego w Krakowie, skąd św. Jan Paweł II przepowie-

dział tyle prorocत्व. Na tym niewielkim placu mówiłem do młodych Polaków coś, co chcę podkreślić także dzisiaj: przeszłość może wrócić.

Mówię to, czując wielką miłość do narodu polskiego, ale także do cierpiącego ludu kubańskiego. Kuba wydaje się aktualnie niebezpiecznie balansować pomiędzy kontynuacją i nowością, pomiędzy pozostaniem w szańcach i szansą na porzucenie izolacjonizmu, pomiędzy zachowaniem starych filozofii przeszłości, przemijających i zubożających systemów a otwarciem się, o czym mówił wielki papież Jan Paweł II podczas swojej wizyty na Kubie 21 stycznia 1998 roku: „Modlę się, aby ta ziemia mogła zaoferować każdemu atmosferę wolności, wspólnego zaufania, sprawiedliwości społecznej i trwałego pokoju. Niech Kuba otworzy się ze swymi wielkimi możliwościami na świat i niech świat otworzy się na Kubę, aby ten naród, który tak jak wszystkie inne, szuka prawdy, mógł iść naprzód, pożądamy pojednania i pokoju i patrzeć na przyszłość z nadzieją”.

Jak więc zapobiec powrotowi martwej przeszłości? Odrabiając lekcje, jakie daje nam historia; powracając do nieśmiertelnych korzeni naszej kultury chrześcijańskiej, która przez wieki karmiła zachodnią cywilizację; odkrywając na nowo duchowe geny „początku” zapisane w naszych duszach przez Stwórcę na Jego „obraz i podobieństwo”; pozwalając, by Chrystus zbawił nie tylko każdego z nas, ale też duszę narodu; „ponownie się narodzić” jako nowe stworzenia w matczynym łonie Maryi, dzięki której możemy nazywać jej Syna *Abba*, Ojcem, bowiem rzeczywiście jesteśmy Jego dziećmi. A skoro jesteśmy Jego dziećmi, jesteśmy także dziedzicami spuścizny rozlanej w naszych sercach w czasie Zesłania Ducha Świętego. Jednym słowem więc: możemy zapobiec powrotowi cywilizacji śmierci, jeśli będziemy starać się ratować dziedzictwo Ducha Świętego, Pana i Dawcy Życia.

3. Żywe dziedzictwo przeszłości na świecie, w Polsce i na Kubie

W związku z tym, że jesteśmy dziećmi i spadkobiercami „nowego nieba i nowej ziemi”, nie możemy być prorokami nieszczęścia, ale prorokami pocieszenia, zwiastunami nadziei, która nie zawodzi, nieustrudzonymi siewcami „prawdy, która czyni nas wolnymi” (J 8, 32), uprawiającymi to, co św. Justyn nazywał już w II wieku „nasieniem Słowa” (*spérma taú lógou*), posiadany przez cały rodzaj ludzki”, znajdującym się w każdej osobie, kulturze, narodzie

i religii, aby sprawić, żeby człowiek nie poznał, nie uprawiał i nie rozsiewał chwastów fałszywych doktryn.

Częścią żywego dziedzictwa są: chrześcijański humanizm, kultura życia, nauka społeczna Kościoła, myśliciele chrześcijańscy i zaangażowany laikat. Wszyscy wchodzący w skład dziedzictwa posiadają święty i nieodwracalny obowiązek analizowania przyszłości, proponowania nowych rozwiązań, aby nasze narody odżyły, przekazując dalej dające życie dziedzictwo Królestwa Bożego, które tworzymy. Mówi bowiem Jezus w Ewangelii: „Dlatego każdy uczony w Piśmie, który stał się uczniem królestwa niebieskiego, podobny jest do ojca rodziny, który ze swego skarbcza wydobywa rzeczy nowe i stare” (Mt 13, 52). Kościół oraz działający w nim intelektualiści katoliccy oraz specjaliści różnych dziedzin powinni tworzyć instytucje znane dziś jako „think tanks” lub „laboratoria myśli”, aby pomóc w inkulturacji wiecznych i powszechnych wartości pochodzących z dziedzictwa kultury chrześcijańskiej oraz w budowie przyszłości narodów, korzystając z idei Prawdy, Sprawiedliwości, Wolności i Miłości. Wszystko po to, by nie dać się skusić śpiewowi syreny i fałszywym obrazom martwej przeszłości, która próbuje niczym lew pożreć to, co najlepsze w naszym człowieczeństwie i naszej kulturze.

Zajmowaliśmy się powyższymi kwestiami już ponad dekadę temu w Centrum Studiów Koegzystencja (www.centroconvivencia.org) i wspólnie z kubańskimi myślicielami z kraju i z zagranicy opublikowaliśmy 6 sprawozdań akademickich dotyczących przyszłości Kuby: analizowaliśmy kwestie prawne, konstytucyjne, ekonomiczne, edukacyjne, kulturowe, komunikacyjne, technologiczne i rolnicze. Dzięki propozycji nowych wizji i dróg rozwoju powrót martwej przeszłości stanie się niemożliwy. W ten sposób dodajemy od siebie cegiełkę do budowy tego, co papieże nazywali „cywilizacją miłości”, a co już św. Augustyn nazywał „przyjaźnią obywatelską”, a Hannah Arendt przypisuje mu utworzenie przestrzeni publicznej, kiedy pisze: „Pojęcie *philia politica*, przyjaźń obywatelska, jest warunkiem możliwości naszych sądów politycznych. Pozwalają one, razem z naszymi działaniami i wypowiedziami, na budowanie przestrzeni publicznej”¹²⁷. Ta przestrzeń publiczna, której celem jest zbudowanie cywilizacji miłości, powinna być oparta na czterech filarach koegzystencji braterskiej i pokojowej: inkluzji (włączaniu), pluralizmie, konsensusie i demokracji.

¹²⁷

H. Arendt, *Kondycja ludzka*, tłum. A. Łagodzka, Warszawa 2000, s. 156.

4. Aktualne syntezy kulturowe: Nowa wieża Babel czy nowe Zesłanie Ducha Świętego?

Mężczyźni i kobiety naszych czasów są ogłupieni i zawiedzeni porażkami przemijającej przeszłości, jednak oczekują wciąż na narodziny wynikające z syntez kulturowych, które możemy identyfikować tak, jak św. Paweł w Liście do Rzymian: „Bo stworzenie z upragnieniem oczekuje objawienia się synów Bożych [...], aż jęczy i wzdycha w bólach rodzenia” (Rz 8, 19 i 22). W encyklice *Redemptor Hominis* św. papież Polak pisze z wielką elokwencją: „Człowiek zostaje w Tajemnicy Odkupienia na nowo potwierdzony, niejako wypowiedziany na nowo”. Stare bowiem przemija, a „Bóg Syna swego Jednorodzonego dał, ażeby on, człowiek nie zginął, ale miał życie wieczne”. Wszyscy czujemy zdumienie na myśl o Tajemnicy Wcielenia. Kontynuuje dalej papież: „Właśnie owo głębokie zdumienie wobec wartości i godności człowieka nazywa się Ewangelią, czyli Dobrą Nowiną. Nazywa się też chrześcijaństwem. Stanowi o posłannictwie Kościoła w świecie – również, a może nawet szczególnie – w świecie współczesnym”¹²⁸.

Jako uczniowie Jezusa, posiadamy prawo i obowiązek uczestnictwa w syntezie nowych kultur i nowych czasów. W encyklice *Redemptor hominis* papież mówi nam bowiem wyraźnie: „Istotny sens tej «królewskości», tego «panowania» człowieka w świecie widzialnym, zadany mu przez samego Stwórcę, leży w pierwszeństwie etyki przed techniką, leży w prymacie osoby w stosunku do rzeczy, leży w pierwszeństwie ducha wobec materii”¹²⁹.

My, chrześcijanie, z pokorą i szacunkiem możemy, a nawet powinniśmy, ogłaszać, że dziedzictwo nie jest martwą przeszłością, ale „niebem nowym i ziemią nową” (Ap 21, 1), którego ziarenko zostało zasiane w sercu każdego człowieka. Nazywamy to „prawem naturalnym”, które dzisiaj przyjęło znaczenie nadrzędne w związku z, nadal nierespektowanymi w wystarczającym stopniu, prawami człowieka. Nowe duchowe jęki związane są także z pojawiającymi się niepokojami wewnętrznymi oraz doświadczeniami mistycznymi. Jeśli Kościół nie odpowie na te niepokoje, zaspokoją je fałszywe ruchy zwane *new age*.

Historia wieku XX i tzw. eksperymenty „socjalizmu XXI wieku” ze swoimi tragediami wiarygodnie dowodzą, że „fundamentu nikt nie może położyć

128

Jan Paweł II, Encyklika *Redemptor hominis*, Watykan 1979, nr 10.

129

Jan Paweł II, *Redemptor hominis...*, dz. cyt., nr 16.

innego, jak ten, który jest położony, a którym jest Jezus Chrystus” (1 Kor 3, 11). Nowe czasy muszą być oparte na świetle prawdy. Światle Tego, który powiedział: „Ja jestem Drogą, Prawdą i Życiem” (J 14, 5–6). Cechą martwej przeszłości jest ludzkość, która zgubiła drogę, zmanipulowała prawdę i na wiele sposobów uderzała w życie człowieka.

Święty Jan Paweł II chciał i wprowadził Kościół i całą ludzkość w Trzecie Tysiąclecie Chrześcijaństwa razem z nową ewangelizacją. Nową w swojej żarliwości, metodach i ekspresji. Żyjąc w XXI wieku, nadal możemy zaobserwować, że martwa przeszłość próbuje nas oszukać za pomocą starych, pozszywanych projektów, które mają tylko wyglądać na nowe. Dlatego to szczególnie dziś należy zwracać się do Ducha Świętego Pocieszyciela, obrońcy rodzaju ludzkiego, dawcy życia, siły pozwalającej na identyfikację i oparcie się fałszywym ideom, materializmowi, populizmowi przebranym w szaty fałszywego nacjonalizmu. Aby nowe Zesłanie Ducha mogło oświecić nasze umysły, zmienić nasze serca i skierować nas do pracy na rzecz budowy Królestwa Bożego, powinniśmy wypowiadać tysiącletnią modlitwę, stanowiącą część wspaniałego i wiecznego dziedzictwa naszej kultury chrześcijańskiej:

*Przybądź Duchu Święty,
ześlij z nieba wzięty
światła Twego strumień.
Przyjdź, ojcze ubogich,
Przyjdź dawco łask drogich
Przyjdź światłości sumień.
O najmiłszy z gości,
słodka serc radości,
słodkie orzeźwienie.
W pracy Tyś ochłodą
W skwarze żywą wodą,
W płaczu utuleniem.
Światłości najświętsza,
serc wierzących wnętrza,
poddaj swej potędze.
Bez Twojego tchnienia,
Cóż jest wśród stworzenia
Jeno cierń i nędze.
Obmyj, co nie święte,
oschłym wlej zachętę,
ulecz serca ranę.*

*Nagnij, co jest harde,
 Rozgrzej serca twarde,
 Prowadź zabłąkane.
 Daj Twoim wierzącym,
 Tobie ufającym,
 siedmiorakie dary.
 Daj zasługę męstwa,
 Daj wieniec zwycięstwa,
 Daj szczęścia bez miary.*

Rozbrzmiewa dziś, bardziej niż zwykle, zachwycająca i prorocza modlitwa św. Jana Pawła II wygłoszona podczas Mszy św. na placu Zwycięstwa w Warszawie niezapomnianego 2 czerwca 1979 roku. Ja także, modląc się do świętego papieża Polaka, proszę o jego siłę i wiarę. Moje ubóstwo duchowe pozwala mi jednak tylko na powtórzenie tej modlitwy z drżeniem głosu wywołanym jej doniosłością. Nie tylko na Kubie, ale także w Polsce i całej Europie czujemy się zobowiązani do zwrócenia się do Ducha Świętego z tym samym ferworem, co papież: „I wołam, ja, syn polskiej ziemi, a zarazem ja: Jan Paweł II papież, wołam z całej głębi tego tysiąclecia, wołam w przeddzień święta Zesłania, wołam wraz z wami wszystkimi: Niech zstąpi Duch Twój! Niech zstąpi Duch Twój! I odnowi oblicze ziemi. Tej Ziemi!”¹³⁰. Ziemi polskiej, ziemi kubańskiej i całego świata. *Amen*. Bardzo dziękuję.

(tłum. Marcin Karkut)

¹³⁰

Jan Paweł II, *Homilia w czasie Mszy św. odprawionej na placu Zwycięstwa, Warszawa, 2 czerwca 1979, nr 4.*

Słowa klucze: Jan Paweł II, martwa przeszłość na świecie i na Kubie, przeszłość, która przeminęła, może powrócić, jak temu zapobiec?, żywe dziedzictwo przeszłości na świecie, aktualne syntezy kulturowe: Nowa wieża Babel czy nowe Zesłanie Ducha Świętego?

Streszczenie: Koniec dawnej i narodziny w „bólach rodzenia” (Rz 8, 22) nowej epoki spowodowało to, co encyklika *Veritatis Splendor* nazywa „smutną niepewnością człowieka, który często nie wie, kim jest, skąd pochodzi, dokąd zmierza. Dziedzictwo nie jest umierającą przeszłością. Jak pisał największy z Polaków, św. Jan Paweł II, w pamiętnej encyklice *Veritatis Splendor*, aby nie „zniweczyć Chrystusowego krzyża” (1 Kor 1, 17) i aby osiąść umiejętność odróżniania cywilizacji życia od cywilizacji śmierci: „Podstawowym zagadnieniem [...] jest kwestia relacji między wolnością człowieka a prawem Bożym, a ostatecznie relacji między wolnością a prawdą”. W efekcie Prawda — Dobro — Wolność zanikła na znacznym obszarze współczesnej kultury. My, chrześcijanie, z pokorą i szacunkiem możemy, a nawet powinniśmy, ogłaszać, że dziedzictwo nie jest martwą przeszłością, ale „niebem nowym i ziemią nową” (Ap 21, 1), którego ziarenko zostało zasiane w sercu każdego człowieka. Nazywamy to „prawem naturalnym”, które dzisiaj przyjęło znaczenie nadrzędne w związku z, nadal nierespektowanymi w wystarczającym stopniu, prawami człowieka. Nowe duchowe jęki związane są także z pojawiającymi się niepokojami wewnętrznymi oraz doświadczeniami mistycznymi. Jeśli Kościół nie odpowie na te niepokoje, zaspokoja je fałszywe ruchy zwane *new age*. Św. Jan Paweł II chciał i wprowadził Kościół i całą ludzkość w Trzecie Tysiąclecie Chrześcijaństwa razem z nową ewangelizacją. Nową w swojej żarliwości, metodach i ekspresji. Żyjąc w XXI wieku, nadal możemy zaobserwować, że martwa przeszłość próbuje nas oszukać za pomocą starych, pozszywanych projektów, które mają tylko wyglądać na nowe.

You will renew the face of the world: Heritage is not a perishable past

Key terms: John Paul II, dead past in the world and in Cuba, may the past which is gone return and how to prevent it?, living heritage of past in the world, contemporary cultural syntheses: the new Babel tower or the new Pentecost?

Abstract: The end of the previous and the birth, in „labour pains” (Rom 8:22), of the new era brought about what encyclical *Veritatis Splendor* named “distressing perplexity of a man who often no longer knows *who he is, whence* he comes and *where* he is going”. Heritage is not a perishable past. One of the greatest Poles, St. John Paul II advised us in the above encyclical not to let “the cross of Christ be emptied of its power” (1 Cor 1:17) and to acquire the ability to distinguish between the civilization of life and civilization of death: “The *fundamental question* [...] is that of the relationship of man’s freedom to God’s law; it is ultimately the question of the *relationship between freedom and truth*”. In effect, “this essential bond between Truth, the Good and Freedom has been largely lost sight of by present-day culture”. We, the Christians, humbly and respectfully can, or even ought to proclaim that heritage is not a dead past, but “a new heaven and a new earth” (Rev 21:1) whose grain has been sown in the heart of every man. We call it “natural law” which today is still paramount amongst still inadequately respected human rights. Modern spiritual

moaning is also the result of continually appearing internal disturbances and mystical experiences. If the Church does not respond to these unrests, they will be taken care of by the false movements of *new age*. St. John Paul II wished and introduced the Church and the whole mankind into the Third Millennium of Christianity assisted by new evangelization. The evangelization which is new in its zeal, methods and expression. We, who live in the 21st c. may still observe that the dead past is trying to deceive us with its old, patched up projects which only seem to be new.